

[229]

PERFECCIÓN DE CRISTO Y DE LOS CRISTIANOS EN LA CARTA A LOS HEBREOS

Roberto Mercier

La antigua carta a los Hebreos es un documento muy rico de la fe y de la espiritualidad de la iglesia primitiva. En este artículo tiene el lector una introducción especial a ese escrito, sobre todo en base a la noción de "perfección".

Ningún escrito del Nuevo Testamento presenta tantos problemas respecto de su autor, sus destinatarios, su fecha y lugar de composición, como la Carta a los hebreos. Todo contribuye a crear una nube de misterio alrededor de este escrito. A pesar de estas dificultades, es indudable que la epístola refleja la profundidad del pensamiento teológico alcanzado por los primeros cristianos acerca de la persona de Jesús, centro de la existencia cristiana.

Los destinatarios de la Carta

¿Quiénes son los destinatarios de la Carta a los Hebreos? Al querer precisar su identidad, surgen numerosos problemas. Siguiendo la manera palestino-asiático de presentarse, la carta entra «ex abrupto» en el tema, sin incluir, como era costumbre en el estilo greco-romano, una introducción con saludos a los destinatarios. Para identificarlos, hay que analizar el contenido del escrito y buscar quiénes podían entender tal doctrina.

De hecho, un conjunto de datos permite concluir con una cierta precisión. Como lo afirma el P. Vanhoye, este escrito supone destinatarios cristianos que habían acogido el Evangelio desde hacía

[230] mucho tiempo (2,1.3; 5,11) y habían tenido que sufrir persecuciones por su fe (10,32-35). Por eso estaban a punto de desanimarse (12,12-13; 13,5-6). Según parece, esos cristianos formaban una comunidad bastante homogénea, y poseían una gran cultura religiosa sobre el Antiguo Testamento (5,12; 6,1). Además, su responsabilidad espiritual les permitía tener una actitud pastoral frente a sus hermanos (12,15).

¿Quiénes, en la comunidad cristiana, podían tener esas cualidades? El libro de los Hechos de los Apóstoles sugiere una respuesta: esta élite de cristianos estaba constituida por *antiguos sacerdotes judíos convertidos al Cristianismo* (Hech. 6,7). Además, la persecución que padecían desde mucho tiempo antes (8,1), explica el tono de exhortación de la Carta (10,32-33). Sin lugar a dudas, el autor quiere alentar a esos cristianos. Los años contribuyeron a desanimarlos y las persecuciones pusieron en crisis el coraje de esos peregrinos (12,12), hasta convertirlos en perezosos e incumplidores (12,13). Hay entre ellos, incluso, algunos apóstatas (3,12-14; 10,39).

Después de haber considerado los diversos elementos de la Carta, es difícil no identificar a sus destinatarios con judíos convertidos al Cristianismo que se encuentran en estado de desánimo. En ese caso, los desarrollos del autor sobre el carácter espiritual e interior de la fe cristiana adquieren un valor particular. Además, aceptando que son antiguos sacerdotes judíos, la teología de la Carta sobre el sacerdocio, inspirada en el Antiguo Testamento, encuentra resonancias más justas que si estuviera dirigida a otro grupo étnico o a otra comunidad. Así lo entendió el copista que, desde el siglo II, dio un título a la Carta: “A los Hebreos”, que antes no lo llevaba.

Circunstancias históricas de composición

Es difícil determinar el lugar y la época en que los destinatarios de la Carta padecen las persecuciones y el desaliento consiguiente. La historia nos dice que por todas partes los primeros cristianos se vieron sometidos a la persecución.

Sin embargo, se puede afirmar con bastante probabilidad que la Carta fue escrita antes del año 70. Esto justifica la constante referencia al Templo de Jerusalén, todavía existente antes de esa fecha. La situación de persecución en Jerusalén, antes de la guerra judaica del año 67, parece responder a las circunstancias de la Carta. Todo parece indicar que el escrito fue enviado a una comu-

[231] nidad cristiana de Jerusalén antes del año 70. Sin embargo, no pocos autores piensan que los destinatarios vivían en otra ciudad de Siria-Palestina, o tal vez en Alejandría de Egipto; en todo caso, tiene que tratarse de una ciudad con una importante diáspora judía.

¿De dónde fue enviada la Carta? Pocos indicios lo señalan en el escrito. Según 13,24, los que saludan son “los de Italia”. Parece, entonces que la epístola fue escrita y enviada desde una ciudad italiana. Aunque esa indicación podría entenderse también de una comunidad italiana que vive en alguna ciudad fuera de Italia.

Contenido doctrinal de la Carta

La insistencia con que el autor de la Carta se refiere al Sacerdocio de Cristo indica la importancia de este tema. Ningún otro escrito del Nuevo Testamento hace resaltar con tanto énfasis la condición sacerdotal de Jesús. Esto induciría a pensar que éste es el tema *central* del escrito. Sin embargo, todo ese desarrollo presenta más bien un fondo *soteriológico*: los efectos de la obra sacerdotal de Cristo. Para describir el sacerdocio, el autor recurre a una serie de comparaciones entre la antigua y la nueva economía, con el fin de señalar la superioridad de ésta sobre aquella. En esa óptica, las referencias al Sacerdocio de Cristo no son más que un medio de demostración, ya que el valor y la eficacia de un culto se miden según el oficio sacerdotal que lo funda. Así, el propósito doctrinal de la Carta no es tanto probar la excelencia del Sacerdocio de Cristo, cuanto *la superioridad de la nueva Alianza sobre la antigua, mostrando de esa manera cuál es la raíz de la salvación perfecta*.

Hay que reconocer, sin embargo, la importancia asignada en la carta al tema del Sacerdocio de Cristo. A veces, el autor parece dejar en segundo plano el tema de la Alianza para recordar únicamente el del Sacerdocio. Esta doctrina se presenta bajo el sello de la “*perfección*”: la antigua Alianza ya pasó, porque la nueva logró una “perfección” definitiva gracias a la “perfección” de su Sacerdote-Mediador. Por lo tanto, lo que caracteriza al Sacerdocio de Cristo es que realiza la “perfección”, nunca antes alcanzada por el sacerdocio levítico (7,11). Las instituciones del sacerdocio del Antiguo Testamento son el hilo conductor del desarrollo del tema. Estas instituciones, imperfectas, ya pasaron, porque con Cristo llegó la *perfección*: lo antiguo pasó porque llegó lo nuevo (8,13).

A través de esta profunda doctrina, el autor exhorta a sus lec-

[232] tores con un sublime espíritu pastoral. Por eso, la Carta nos ofrece magníficas exhortaciones sobre la existencia cristiana, como pocas veces se encuentran en el Nuevo Testamento.

El Sacerdocio de Cristo

La institución del sacerdocio en el A. T. tenía como finalidad ofrecer a Dios sacrificios para expiar los pecados (5,1). Como el Pueblo de los hijos de Dios era un pueblo de pecadores, se hacía necesario, para llegar a la gloria y a la salvación, que el jefe y el guía de esa salvación fuera sacerdote, para poder expiar los pecados del Pueblo (2,17). Así se define el ministerio del sacerdote: ofrecer dones y sacrificios por los pecados (5,1).

Así también se describe el ministerio sacerdotal de Jesús. Pero el autor de la Carta señala la preeminencia de la persona de Cristo sobre las figuras sacerdotales del A. T., al comparar a Jesús con Melquisedec (Sal 110,4).¹ Como el personaje misterioso de Salem (Gen 14,18), Jesús es sacerdote y rey; su sacerdocio, como Melquisedec, lo recibió no de los antepasados, sino de la voluntad divina (7,1-3) y, en consecuencia, es superior al sacerdocio levítico (7,11-28).

Sin embargo, el Sacerdocio de Cristo no tiene su origen en la

¹ Melquisedec es mencionado dos veces en el A. T.: en Gen 14,18 y en el Sal. 110,4. Este personaje, sin genealogía ni principio ni fin de vida, aparece como Sacerdote delante de Abrahán y es, según la Carta a los Hebreos, figura profética de Cristo Sacerdote. Al probar esta verdad, el autor desarrolla al mismo tiempo el tema de la superioridad del Sacerdocio de Cristo sobre el sacerdocio levítico, en tres etapas: presentación de Melquisedec (7,1-3), superioridad de Melquisedec sobre Abrahán y Leví (7,4-10) y, finalmente, relación directa entre el sacerdocio levítico y el de Cristo (7,11-28). La superioridad de Cristo sobre los sacerdotes del A. T. le viene del hecho de haber sacrificado su propia vida. Este sacrificio sitúa a Jesús en el centro de la historia de la salvación. Así se pone fin al largo período preparatorio, recordado en 1,1-2. Realizado en la “plenitud de los tiempos” (Gal 4, 4), en el “tiempo presente” (Rom 3, 26), marca el comienzo de la era escatológica. A pesar del intermedio indeterminado en el cual vivimos, en espera del Último Día (1 Cor 1, 8; Rom 2, 6; 2 Cor 6,2; 1 Tes 5,1), tenemos ya lo esencial de la salvación. En efecto, por la Muerte y la Resurrección de Cristo, el cristiano ha muerto al pecado y ha resucitado a una vida nueva. Esta acción absoluta y definitiva del sacrificio de Cristo es subrayada por Hebreos: este sacrificio único (10,12.14), ofrecido “de una vez para siempre” (7,27; 9,12), suprime la imperfección de los sacrificios de la antigua Alianza, incapaces de realizar la salvación a pesar de su indefinida repetición.

[233] eternidad. Al contrario, el Hijo de Dios, en cuanto hombre, llegó a ser sacerdote (2,17; 6,20), por una vocación divina (5,1-6). Al revestir la naturaleza humana en la Encarnación (5,5), Jesús fue capacitado para ofrecerse a sí mismo, ofrecimiento que culminó en el Calvario. Se trata de un sacrificio cumplido una sola vez, de una única oblación (9,26; 10,10.14), pero que se prolonga eternamente en la acción sacerdotal de la intercesión celestial (7,25). Por lo tanto, el Sacerdocio de Cristo es eterno (7,24; 13,8).

Para ejercer un sacerdocio eficaz en vista de la salvación, el Hijo de Dios, Jesús, tenía que ser hombre (5,1) y solidario con los hombres (2,10-18). Al mismo tiempo, eran necesarias su santidad e inocencia (7,26). De esta manera, llegó a ser el Sacerdote de los bienes futuros (9,11), Pontífice de una nueva fe (3,1) y causa de salvación (5,9). Por esa perfección, mereció ser Jefe y Guía de nuestra salvación (12,2), Sumo Sacerdote sobre la casa de Dios (10,21; 4,14), Ministro del santuario celestial (8,2), Mediador de la Alianza nueva y mejor (8,6; 9,15; 12,24).

Ahora se entiende en qué sentido la Carta habla varias veces del Sacerdocio-sacrificio de la muerte en la Cruz: Jesús continúa su oblación cumplida una sola vez, y eso, gracias a su humanidad perfecta ya inmolada y ahora glorificada. Al hacerse presente ante el Padre, lo mueve a la benevolencia para con los hombres. La Carta resume esta mediación al decir que Cristo comparece ante Dios “en favor nuestro” (9,24) y vive eternamente para interceder por nosotros (7,25).

La perfección de Jesús y de los cristianos

Para llevar a cabo su misión salvífica, ‘Jesús debía ser perfecto (2,10). Cristo logró esa perfección por su muerte redentora, su resurrección y su ascensión. Él fue consumado en su oficio sacerdotal mediante la pasión-muerte (5,8-9) y la ascensión (8,4). Así, el Hijo “perfecto” llegó a ser autor de la fe, llevándola a su perfección (12,2) y haciéndola causa de salvación para aquellos que le obedecen (5,9).

Pero, si Jesús es perfecto, también es autor de la perfección para los cristianos, porque éstos deben ser perfectos para entrar en el Santuario celestial. De hecho, antes que Jesús entrara en el cielo, la “tienda” más perfecta, los antepasados del A. T. no lograron la perfección ni, en consecuencia, el acceso a ese Santuario celestial. Dios no quiso que Jesús alcanzara la perfección sin los cristianos (11,40).

[234]

Ni la ley ni los repetidos sacrificios del A. T. pudieron hacer perfectos a los que debían acercarse a Dios (7,19; 10,1.11). Como esto se debía a la imperfección del sacerdocio levítico, era necesario que surgiera otro Sacerdote perfecto, Cristo, el cual, una vez entrado en el Santuario por su única oblación, hizo perfectos para siempre a los cristianos (7,11; 10,14).

Esta noción de “perfección” para los cristianos, consecuencia de la perfección de Jesús, es uno de los aspectos de la soteriología de la Carta. Los otros aspectos de la obra sacerdotal de Jesús son la salvación (2,3), la santificación (2,11), la redención o rescate (9,12), la purificación-remisión-expiación de los pecados (2,17) y la entrada en el Santuario celestial (10,19-20; 4,14; 6,20).²

El mundo-siglo venidero y las realidades celestiales

Los cristianos ya han experimentado las manifestaciones del mundo futuro (6,5), por los dones recibidos del Mesías, que anticipan los dones futuros (6,4). Estos se identifican con la “ciudad futura” hacia la cual tienden los cristianos: "Porque no tenemos aquí abajo residencia definitiva, sino que buscamos la futura" (13,14). El término “futuro” reviste dos sentidos: temporal y cualitativo.³ Únicamente la ciudad celestial es estable: es la “ciudad del Dios viviente”, la “Jerusalén celestial” anticipada en la tierra (12,22). La inauguración del mundo futuro coincide con la purificación de los pecados realizada por Cristo (1,3),⁴ quien ya ha penetrado en el cielo

² La idea de Jesús santificador y de los cristianos santificados es frecuente en la Carta. La santificación es una transformación interior, una purificación de la conciencia de las obras muertas (cfr 9,14 en paralelo con 9,13). La santificación del cristiano es fruto de la nueva Alianza.

³ “Futuro”, en la Carta a los Hebreos, quiere decir todo el mundo de Dios y de Cristo. El término tiene entonces un sentido ambivalente: un sentido *temporal* (en su doble fase presente y final) y un sentido cualitativo (en oposición al mundo que no es de Dios ni de Cristo).

⁴ El pecado es presentado en Hebreos como una *acción* que ofende a Dios y como un *estado* que separa de Dios y de la salvación. Para purificar a los hombres del pecado, Cristo se ofreció a sí mismo como víctima santa, grata a Dios (7,26), realizando así un sacrificio de *expiación* (9,11-14) y de *alianza* (9,15-22). El propósito de ambos aspectos del sacrificio es el mismo: restaurar la unión con Dios destruida por el pecado (sacrificio de expiación) y establecerla definitivamente (sacrificio de alianza). Además, el pecado mancha la conciencia y, por lo tanto, necesita una purificación. De ahí que el bautismo limpie el cuerpo con agua pura y purifica el corazón de la mala conciencia (10,22). Así, la purificación de los pecados, realizada por el sacrificio de Cristo (1,3: “después de realizar la purificación de los pecados”), llega a ser un hecho personal en el Bautismo (10,22), que aplica la virtud purificadora de la sangre de Jesús (9,14-22) y es por eso una necesidad de la vida cristiana.

[235] (4,14) y ha llegado a ser Guía (2,10) y precursor (6,20) de la salvación. Desde ese momento las realidades celestiales (futuras) comenzaron a ser accesibles a los hombres (10,20; 6,4).

En relación con este tema se presenta el de la fe. De hecho, el llamamiento a la fe cristiana es un don celestial (3,1), una vocación que tiene su origen en el cielo; procede del Dios que habla en el cielo (12,25) y, en consecuencia, tiende hacia el cielo, el descanso de Dios (4,1.9).⁵ En cierta manera, la vocación cristiana anticipa el cielo sobre la tierra (6,4).

Ante los Hebreos desanimados por las persecuciones, el autor de la Carta pone de relieve que la fe no se adhiere más que a lo invisible. Recorriendo toda la historia sagrada, saca ejemplos de la hagiografía del A. T., para mostrar la paciencia y la fortaleza que proporciona la fe.

Pero ninguno de los personajes del A. T., a pesar de su fe ejemplar, conoció la era escatológica de la “perfección” inaugurada por Cristo, ni el acceso al cielo abierto por Él (7,28; 9,11.12.24—28). La Ley del A. T. no pudo llevarlos a la perfección (7,19; 9,9; 10,1). Tuvieron que esperar la era cristiana de la resurrección para entrar en la vida perfecta del cielo (12,23).

Para el autor de la carta a los Hebreos, el cielo es como un Templo que tenía que ser abierto por el sacrificio de Cristo (9,23).⁶ Jesús, por su sacrificio seguido de su Resurrección y Ascensión, ha

⁵ Las obras de las cuales se descansará son los cansancios y tribulaciones de la vida presente (4,10). Ese descanso será una participación en el “descanso” de Dios mismo, el cual descansó al terminar su obra creadora, el séptimo día (4,3.4.10), y será por consiguiente una participación en la felicidad de Dios (4,9). El autor desarrolla este tema a través de una comparación entre los israelitas (4,2) y los cristianos (4,3-4), teniendo en cuenta la comparación establecida entre Moisés y Jesús en 3,1-6.

⁶ En el Templo de Jerusalén, un “velo” separaba el Lugar Santísimo del resto del Templo (Lev 16,2). Sólo el Sumo Sacerdote, una vez al año, podía pasar más allá del velo. En Heb, esto es imagen del cielo, el único Lugar Santísimo, donde Jesús entró de una vez para siempre por su Pasión-Muerte-Resurrección (10,20). Los cristianos, en esta tierra, permanecemos todavía detrás del “velo”, pero nuestra esperanza está en el cielo, no como una ilusión que nos puede engañar, sino como un anhelo que nos viene de Dios, y como un “ancla”, símbolo de estabilidad. Un día llegaremos hasta el lugar donde está anclada nuestra esperanza.

[236] penetrado en el cielo (4,14), santuario hecho no por la mano del hombre (9,24). Allí se sentó a la diestra de Dios (7,1), donde intercede por nosotros (9,24), Después del sacrificio de Cristo y por su intercesión celestial, los cristianos tienen la seguridad-confianza de entrar en ese santuario (9,19). Por eso, si vocación es celestial (3,1).

Anticipando los bienes escatológicos y oponiéndose a la patria terrena y a las ciudades de este mundo, la Iglesia es la “Jerusalén celestial”, donde los cristianos ya han entrado: *“Ustedes se han acercado a la montaña de Sión, a la Ciudad del Dios viviente, a la Jerusalén celestial.., a la asamblea de los primogénitos cuyos nombres están escritos en el cielo”* (12,22.23).

Pero los cristianos no dejan de tener sus responsabilidades: tienen que esforzarse por no caer en la seducción del pecado (3,13), ni ser paralizados por él (12,1). Dado que la Iglesia es una comunidad cultural, los cristianos deben ofrecer continuamente sacrificios agradables a Dios, es decir, su propia vida cristiana. Desde ahora, ellos están introducidos en el cielo, en el propio Reino de Dios, de manera que toda la vida del cristiano se convierte en una liturgia de acción de gracias: *“Así, habiendo recibido la posesión de un Reino incommovible..., tributemos a Dios un culto que le sea agradable”* (12,28).